




---



---

**CRITICA DE LIBROS**


---



---

# EPIFANIA Y ONTOLOGIA DE DESCARTES

**ALBERTO HIDALGO**  
Oviedo



Enterarse del arresto de Galileo por parte de la Inquisición romana en abril de 1634, Descartes escribe alarmado al «inevitable» padre Mersenne para que retire de las prensas su tratado *Le Monde*. Se expresa ya con la misma ambigüedad e ironía que tan acertadamente ha sabido

Vidal Peña matizar en su reciente versión castellana de las *Meditaciones Metafísicas con objeciones y respuestas* (1). «Me gustaría señalarle —advierte—... que todas las razones que utilicé son inválidas; y aunque pienso que estaban basadas en demostraciones *ciertas y evidentes*, no desearía por nada del mundo mantenerlas contra la autoridad de la Iglesia». Tras reiterar su célebre divisa «*bene vixit qui bene latuit*» como justificación a su estrategia de disimulo, se sorprende ante la osadía de la Congregación romana que condena más un delito de intención que de hecho: «*quamvis hypothetice a se illam proponi simularet*», rezaba en efecto la fórmula inquisitorial. Pero en lugar de indignarse o desesperarse, concluye Descartes con un sibilino: «tendré que usar mi ingenio». No me cabe la menor duda de que utilizó más sagazmente que nunca su «ingenio», cuando en 1641 decide publicar seis *Meditaciones* sobre tan vidriosos temas metafísicos como Dios y el alma en presencia de tantos cancerberos acechantes dentro y fuera de la Sagrada Facultad de Teología de París. De ahí que resulte obligado admirar la paciente y sutil tarea del traductor que por primera vez y de un modo consciente ha reflejado en nuestro idioma con exactitud, las sutilezas estilísticas y los retorcidos vericuetos semánticos que jalonan las *Respuestas* de Descartes a sus objetores.

Por otra parte, he querido abundar en esta imagen de «filósofo enmascarado», propiciada por Maxime Le-



(1) Rene Descartes: *Meditaciones Metafísicas con objeciones y respuestas*, Introducción, traducción y notas de Vidal Peña, Ed. Alfaguara, Madrid, 1977.



roy, al objeto de destacar el *giro* que Vidal Peña imprime a esta ya desleída interpretación «psicologista» en el prólogo a su magnífica versión. V. Peña, en efecto, ejercita una cierta *Aufgehoben* dialéctica de esta semblanza «a la vez afilada y fugitiva», no plegándose a un esquema de contraposición mecánica que hace ingenuamente de un «Descartes bienpensante» la antítesis del «enmascarado» (como si eso barriera algún enigma), sino disolviendo el contenido mismo del «enigma», el *yo psicológico*, con el abrasivo crítico de la filosofía. En las *Meditaciones*, como en otros escritos coloquiales de Descartes, la anécdota personal cede imperceptiblemente su puesto a la argumentación. Es, por eso, un mérito de V. Peña enmarcar prontamente la «interioridad» del padre de la filosofía «moderna», su «verdadero yo», en el contexto de su filosofía. Y lo que esa filosofía nos revela es que el «yo» en particular se desvanece en el proceso de establecer verdades objetivas de carácter general. Parece lícito entonces concluir que «si Descartes ha creído lo que ha escrito, el misterio del 'hombre Descartes' dejaría de ser un tema *cartesiano* importante» (18).

Consumado este engarce, se enfrenta V. Peña ventajosamente con la tarea de ofrecer una interpretación del *Cogito* que por «trascendental» peca de atrevida, pero está exenta de aburrimiento. En realidad, asistimos a la gozosa epifanía ontológica de un Descartes liberado de la tediosa carga de su «subjetividad» que, a fuer de *filósofo trascendental*, se apresta a asumir las tareas de «conciencia universal» o, incluso, de «Espíritu Absoluto» hegeliano. De este modo lo que enmascara Descartes y V. Peña nos descubre, no es la simple aventura corporal de un gentilhomme, sino el *sentido* trascendental de su filosofía. El «argumento ontológico» implicado en la cuestión del *círculo cartesiano*, la interpretación laica del Dios de los filósofos en términos de «verdades matemáticas», el racionalismo que preside la evidencia de identidades y proporciones como fundamento de la propia «deducción-intuición» matemática, van desgranando las cuentas de una letanía confirmatoria que humillaría sin remedio a la señora Geneviève Rodis-Lewis. Sin embargo, un rubor hipercrítico impide a V. Peña extremar las conclusiones.

Cada cuenta desgranada en pro de la interpretación «trascendental» del *Cogito* ha sido acrisolada por una cortés polémica, apuntalada con una cita oportuna, aquilatada por mil reticencias y titubeos y, finalmente, expedida con un fardo de condicionales. Esta «exquisita prudencia» (¿cartesiana?), que le preserva de errores y devora en alusiones cualquier falta de omisión, no le permite naturalmente desdeñar la cuestión del *voluntarismo cartesiano*. Pero, al integrarla con derecho propio en el cuadro de su interpretación, el vuelo del razonamiento *trascendental* se desmaya mucho antes de llegar a Hegel; en Kant o tal vez, más exactamente, en Espinosa. La conclusión final, si clara, no parece tan «personal», ni tan «atrevida»: «Descartes ha tratado de probar —trascendentalmente— que nuestra conciencia racional está justificada» (38). Pero «su racionalismo halla conscientemente un techo en la voluntad de Dios, que al propio tiempo lo limita y lo confirma. Lo limita, porque Dios no me ha hecho perfecto y, por tanto, no puedo conocer todo; lo confirma porque, si bien Dios no ha querido que lo conozca *todo*, sí ha querido que lo que conozco lo conozca *bien*» (39).

No debemos, sin embargo, dejarnos engañar por las palabras. Si en verdad se ha producido ya en Descartes la «inversión teológica» de que hablara Gustavo Bueno en su día (2), el *Cogito* pasaría a ocupar la posición de Dios. Entiendo que Vidal Peña haya «dicho claramente» que este movimiento conduce a la conciencia filosófica a un inexcusable supuesto crítico *idealista*. Pero no entiendo por qué ese *idealismo* no puede quedar desbordado, cuando se continua la «inversión» hasta el final sin incurrir por ello en «realismo ingenuo». Para seguir utilizando términos rancios, hasta que la omnipotencia limitativa de Dios se encarne en las realidades objetivas de la materialidad, de cuyo tejido brota el propio *Ego trascendental*. Pero esto es ya nuestra «fábula», que en nada afecta a la de Descartes, a la postre tan convincentemente contada por Vidal Peña.

(2) *Ensayo sobre las categorías de la economía política*, Ed. La gaya ciencia, Barcelona, 1972.